

ALICIA PERESSUTTI

DIAS de ESCLAVITUD



Días de Esclavitud

Alicia Peressutti

Días de Esclavitud

(c) 1ª Edición: Enero 2009 - 2ª Reimp. Agosto 2010 / Alicia Peressutti.

Corrección: Lic. Fabiana León

Montaje Tapa: J. O. Picatto

ISBN: 978-987-05-6050-0

Hecho depósito que prevé la ley 11,723

Impresión / EdicionesCC, Villa Nueva (Cba.)

IMPRESO EN ARGENTINA

Peressutti, Alicia

Días de esclavitud : tráfico de personas . - 1a ed. 2a reimp. - Villa María : el autor, 2010.

88 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-05-6050-0

1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título

CDD A863

*En memoria de mi padre
y de mi abuela
por sus enseñanzas
A las Hermanas Adoratrices
y a las personas que trabajan en forma
voluntaria por los demás.
Mi agradecimiento
a Omar, mi compañero;
a Gino, Bruno, Piero, Yaco, mis hijos,
a Mery y Mamá.*

Se autoriza la reproducción total, parcial o mención de párrafos siempre y cuando se mencione el nombre de la obra y nombre de la autora.

NOTA: Los nombres de los personajes de esta novela fueron cambiados para proteger su identidad.

PRÓLOGO

LOS CAZADORES DE ALMAS

En el mundo de apariencias en que estamos inmersos, personas sin alma salen a la caza, camuflados, impunes, desenamorados de la vida y enamorados de las drogas, del dinero, de la violencia, del poder.

Joaquín Ramírez es uno de ellos, el diablo de esta novela.

Ojeador y proxeneta, engaña y se aprovecha de una familia de escasos recursos. Se lleva consigo a dos jóvenes hermanitas *“igualitas como gotas de agua”*, para convertirlas en mercadería sexual de los hombres. Las alejará lo más distante posible de su casa, de su adolescencia, de su querida familia... de sus vidas.

Con este marco desolador, Alicia Peressutti nos mete de lleno en ésta, su segunda novela, para que vivencemos una historia que tiene un profundo trasfondo de realidad. Lo hace con sutileza de escritora, entretejiendo con puntadas de color poético y esperanzador, aquella oscura trama tan cruel para ser real y tan descriptiva para que no lo sea. Necesita contárnosla para esfumar esos demonios que siempre nos acechan, que se esconden tras las máscaras de los hombres cuyas apariencias nos engañan a diario. *“El amor es para los más débiles”*, sentencia una de las páginas talladas de este libro, sin embargo, es el mismo amor el que da las fuerzas para escapar del infierno, para sobrevivir e imaginar una vida mejor.

Días de esclavitud promete correr la misma suerte que su predecesora, esto es, circular por las manos de quién sabe cuántos lectores que no frecuentan la literatura, ni menos aún, se interesan por esta temática. Sorprende saber que dos textos literarios son las lentes que posibilitan ver el intersticio necesario para hablar de temas vedados como el tráfico humano y la trata de personas.

Muchas veces me pregunte si la literatura servía para algo más que para alimentar el alma y ejercitar nuestro intelecto, hoy puedo decir con plena certeza de que sí.

Darío Falconi

Sur de la Pampa, 2 de agosto de 2005.

—Sofía, Sofía...! ¿Dónde estás Sofía? Sofía por favor que estoy desesperada...

Corría y corría en un intento desesperado, hurgando detrás de los galpones, entre los troncos descascarados de los eucaliptos eternos, saltando los alambrados del corral.

Corría arrancándose los cabellos en manojos, con el terror hirviéndole en las arterias, la sangre a borbotones, a kilómetros de velocidad en un cuerpo maltrecho de presentimientos, de temores guardados bajo los candados de la cordura.

Se detuvo en seco, comprendiéndolo todo de una vez sin necesidad de explicaciones que ayudaran al entendimiento.

Tendió la vista hacia el camino y lo vio avanzar hacia ella con una frialdad que helaba el aire, adueñándose de todas las situaciones juntas. Prolijo, impecable, caminaba como si los pies no rozaran el guadal, levitando a diez centímetros del camino. Se aproximaba paso a paso, ajeno a todo contacto con la humanidad circundante, desconociendo los arañazos y patadas del bulto amarillo que intentaba zafar de sus brazos.

El llanto de la pequeña era tan lastimero que podía herir a la distancia misma, arrancando al más duro de pecho un gesto de piedad, pero este hombre no sabía de compasiones y seguía arremetiendo con andar de acero, ajeno a cualquier grito.

Se detuvo a escasos metros de ella, apretando aún más a la niña, sosteniéndola con la firmeza propia de los que mandan.

Ella se arrodilló ante él, cayendo de hinojos sin dejar, ni por un instante, de mirarlo, inundando el suelo con el agua de sus penas, de sus miedos escondidos. Le costaba hablar, que las palabras fluyeran de su garganta para articular una frase.

—¡Por favor Joaquín! ¡Por favor!

—María, mi dulce María...

—¡Por favor, dame a mi pequeña! ¡Devolveme a Sofía!...

Se ahogó en su propia voz sin poder seguir. Desesperada, con las angustias a flor de piel y el terror agrietándole los labios.

—María, vengo a cobrar mi deuda, vos sabes bien que me debes...

—¡Te lo ruego! Soltá a mi niña. ¡Soltala Joaquín!

—María, mi querida, sabes como funciona esto...

—¡Por favor! Voy a pagarte con lo que quieras pero dejá a Sofía.

Lo decía con un puñado de fuerzas que encontró en lo más hondo de sus adentros de madre, sin poder levantarse, paralizada por el horror de la situación aunque ella estaba acostumbrada a los hechos desesperados, nunca habían tenido a su hija como protagonista...

—María, tu niña es preciosa. Tiene tus rasgos combinados con los colores del Gringo. ¡Ese maldito que te arrancó de mi lado!

Lo dijo inclinando hacia delante el total de su corporalidad en un gesto de entrega, ofreciéndole el cuerpecito agitado de la niña. Ella la tomó como pudo, intentando no perder el equilibrio al levantarse con el peso de todas las emociones maltratando las costillas de su humanidad. Agarrotó a su hija contra sí en un gesto de protección de madre, liberando sus

instintos de loba capaz de morder al que se le cruzara aunque fuese el mismo diablo en persona.

—¡Déjame vivir Joaquín! Ya sufrí demasiado.

—María, los códigos son los códigos. Desde que ese maldito Gringo te robó de mi lado te he estado buscando.

Las deudas se pagan aunque sean viejas. Esto es simple: o vos o ella...

Tacuarí, Paraguay, abril de 1998.

La tarde pintaba a cuadros entre el violeta del sol muriendo de a ratos en el horizonte y el verdemar de la selva cobijando sus últimos suspiros. La inmensidad de la maraña y las siluetas de las enredaderas trepándose a los músculos más altos de los árboles definían el paisaje para completarse con el viento que susurraba un rumor dulcísimo entre las hojas del follaje.

Verde claro, verde oscuro, verde musgo, toda la paleta de los verdes encerrando entre sus tonos la vida tranquila y apacible de Tacuarí, un pueblito que le usurpó a la selva un pedazo de sus uñas para plantar sus casas y darle vida a su gente. Gente mansa y pobre, cansada de no tener lo necesario, de perder día a día la pulseada contra la indigencia, comiendo poco.

Cansada de observar por el ojo del mundo, la televisión, como disfrutaban los otros el conjunto de comodidades al alcance de sus manos, pero a años luz de las manos infortunadas de Tacuarí donde el dinero escaseaba y abundaban los deseos de sobrevivir a todo, hasta a la selva misma que estaba siempre en pie de guerra intentando recuperar lo

suyo. Una aldea de pobres, cargando en sus espaldas siglos de miserias donde la mitad de los jóvenes huía hacia el encuentro de un mundo que ellos soñaban fascinante, mientras la otra mitad se quedaba a resignarse, a juntar algodón por unas monedas con las manos ajadas y goteando sangre. Y sino quedaban los tabacales, los tabacales de la muerte que iban exterminando desde el cultivo mismo mucho antes de llegar a los kioscos en coloridos paquetes.

No había muchas opciones en Tacuarí, demasiado poco para elegir cuando se tiene quince o veinte años en las entrañas.

Y Joaquín Ramírez lo sabía, conocía bien a los pueblos como Tacuarí, los conocía como la palma de su mano derecha, pueblos en los que nunca pasaba nada, donde se podía contar el tiempo enumerando las horas, los minutos, los segundos, donde cada día era igual al anterior y semejante al siguiente.

Donde lo acontecido y el porvenir se fundían en un mismo caldero.

Joaquín Ramírez conocía Tacuarí, podía describir a la distancia el empedrado de sus callecitas tristes de llorar ausencias, sus casitas pobres con cortinas fucsias, amarillas y turquesas tapando los huecos que ofician de ventanas y las paredes gastadas de soles y aguaceros exhibiendo grietas a los cuatro vientos. Y la gente pobre resignada a ver pasar la vida frente a sus puertas, sin saber qué hacer para detenerla y robarle unas cuantas oportunidades. Gente pobre, con pocos pasados para recordar y sin presentes por luchar.

Joaquín Ramírez sabía de estas cosas. Santafecino en los documentos, había llegado a los cuarenta y tantos viviendo de los demás, del esfuerzo de los otros, de los sueños de los otros. Alto, imponente, dueño de una simpatía que conquistaba. Con solo soltar unas palabras podía convencer hasta al mismo Papa de sus buenas intenciones, aunque en el más oscuro fondo nunca las fuesen. Alto y moreno, con una piel aceitunada que florecía al contacto con los rayos del sol y combinaba a la perfección con los ojos miel que detrás de la dulzura destilaban veneno.

Joaquín Ramírez sabía manipular, se había pasado los años puliendo su experiencia en el tema, desarrollando la maldita capacidad de presentir las debilidades, de encontrar las fisuras en la existencialidad del prójimo y sacar provecho siempre a costas del sufrimiento y esfuerzo ajeno. Nada en su infancia sin sobresaltos o en su adolescencia de pocas rebeldías

hicieron sospechar la elección de vida de Joaquín Ramírez, es más, su santa madre murió desconociendo la verdadera profesión de su adorado hijito, la cual ocultó los primeros años hasta que los escondites se tornaron insuficientes y se declaró cafiolo en términos de moral, explotador de mujeres.

Tacuarí era para él un posible proveedor de herramientas de trabajo, como solía llamarlas. Hacía años que no lo visitaba pero ahora estaba atormentado por la imperiosa necesidad de renovar su plantel, necesitaba caras nuevas y fundamentalmente de niñas o adolescentes porque les rendían el doble, el triple. Cuando pasaban los veintiuno o veintidós prefería deshacerse de ellas antes que se pusieran viejas para el negocio. Su casa de trabajo gozaba del prestigio de desechar las mujeres adultas como si fueran chatarra, por unas pocas monedas las vendía a otro colega del ambiente sin tanta suerte como él.

La mañana del 15 de abril de 1998, Joaquín Ramírez salió de “pesca” por Tacuarí, a recorrer sus callecitas angostas y a tomarse algún café cargado en un bar de mala muerte para juntar algunos datos. Estaba trabajando en lo único que sabía hacer por eso, intentaba disimular su adicción a las drogas queriendo parecer un tipo respetable, un turista despreocupado e inofensivo, su contracara. Por la médula de sus huesos fluía una sustancia maldita que recorría su esqueleto de punta a punta transformándolo en el ser más vil de este mundo, pero esto no se le notaba y su andar por las veredas poceadas despedía un cierto aroma a bohemia, un encanto particular que se acentuaba con el pelo ensortijado en caída sobre los hombros. Calzaba un par de jeans raídos, una camisa hawaiana que dejaba entrever una cadena de oro

con el dije del Divino Niño, y completaba el atuendo un anillo denario en su mano derecha. Vestido de creyente como un devoto más en la multitud, con millones de glóbulos rojos de maldad poblándole la sangre, aniquilándole cualquier intento de compasión. Joaquín Ramírez solo podía llegar a servir al mismo diablo, su tocayo.

A mitad de la mañana unos vahos de calor de cuarenta grados a la sombra, lo estaban empezando a poner en molestias por eso caminaba lento, rechinando los dientes en un gesto

de impaciencia hasta que decidió probar suerte con la última hilera de casitas y hacia allí dirigió su vacía corporalidad.

Llegó hasta un rancho de paredes desnudas y se detuvo en seco, congelándose en el lugar para observar con lujo de detalles la escena que tenía frente a sus maravillados ojos de lince: dos niñas bellas como luciérnagas cuchicheaban y reían a carcajadas, alborotando el aire con sus risas cristalinas.

Joaquín Ramírez se les acercó con el mayor de los cuidados para no asustarlas, escondiendo el asombro y la curiosidad que le provocaba ver tanta hermosura por partida doble. Las niñas morenas con la piel empetrolada y unos cabellos cayendo en cascadas hasta la cintura se parecían a unos ángeles escapados del cerco celestial, además las pestañas arqueadas resguardaban unos ojos almendra capaces de alumbrar en las sombras y Joaquín Ramírez necesitaba luz, por eso se permitió una sonrisa a medio dibujar.

—Niñas, qué bonito día... ¿Cómo se llaman?

Las pequeñas se percataron de su presencia sin dejar de reír a carcajadas.

—María y ella es mi hermana Juanita, señor...

El hombre cortó y dio las cartas porque la suerte estaba echada.

—¿Viven con su mamá? Porque me gustaría conocerla...

Las pequeñas entraron al mismo tiempo por un marco desvencijado del cual colgaba restos de una cortina anaranjada, para salir en instantes acompañadas por una mujer que debía ser joven de años pero con las necesidades y los sufrimientos acumulados en los huecos de la dentadura y en las líneas de su espalda a medio encorvar, una mujer gris sin alegrías para contar...

—Eleonora Rodríguez, señor, ¿Qué estará buscando por aquí?

Joaquín Ramírez acomodó la garganta para pronunciar las palabras justas, ante tanta sumisión tenía todas las chances para ganar el partido entero.

—Un placer conocerla Señora, mi nombre es Esteban Pérez y soy un turista argentino enamorado de las bondades de Paraguay.

—¿Está paseando Señor? Usted tiene un buen trabajo que le permite viajar...

Joaquín Ramírez se tomó unos instantes para responder intentando armar la frase adecuada, era la única oportunidad de entrar a sus vidas. En su doble papel de proxeneta y ojeador había desarrollado unas cuantas estrategias para inspirar confianza.

—Señora, humildemente le cuento que tengo en Buenos Aires una Agencia de modelos y afortunadamente no me ha ido mal. Lo que ocurre es que en Argentina las modelos ganan muy bien...

Las últimas sílabas quedaron haciendo eco en el aire, dejando una estela de sonidos a su paso.

—Señor Pérez, es bueno que en la Argentina se pueda progresar porque acá sólo hay desesperanzas...

—Señora, con todo mi respeto, me he quedado prendado de la belleza de sus hijas, si estuvieran en mi país podrían hacer carrera y triunfar...

—Pero señor, mis niñas sólo tienen catorce años como para irse tan lejos...

—Como usted mande Eleonora, pero es una lástima sino las deja ir, además mensualmente podría hacerme cargo de girarle una renta para ayudarla a criar a sus otros niños.

El hombre se jugó todo con la última frase, ni siquiera sabía si la mujer tenía más hijos, pero esa era una posibilidad contundente para convencerla, para dar el golpe de gracia.

—Disculpe, señor le estoy muy agradecida por su generosidad, pero deje que lo decidamos entre todos.

—Ningún problema señora. Me voy mañana por la tarde, así que antes paso a ver qué decidieron. Igual le estoy muy agradecido por su amabilidad.

Joaquín Ramírez emprendió la retirada sin dejar de sonreír, mientras las pequeñas lo miraban como si fuera Santa Claus, generoso e inofensivo hasta los tuétanos.

A la noche, la primera noche más triste Eleonora Rodríguez se sentó en una silla de cientos de años a hablar con sus dos hijas. Repasó su vida de miserias y olvidos, de cómo el óxido de la pobreza le había erosionado el cuerpo y de cómo le había gastado el alma dejándosela flaca de júbilos. Les habló de sus dos hijos más pequeños y la falta de pan para alimentarlos a todos, con el fantasma del hambre haciendo guardia por los rincones los trescientos sesenta y cinco días del año. Les habló de su soledad de mujer abandonada, sin una espalda de hombre para compartir las cargas, para hacer frente juntos a la inundación de penas que ahogaban cualquier brote de esperanzas. La primera noche más triste, Eleonora Rodríguez les explicó que ya no le quedaban fuerzas en el morral para enfrentar los abatares de la existencialidad.

Horas de vigilia, horas de llanto inundando el piso de la habitación, piso de tierra pisoteada una y otra vez por las desventuras. Y aún les hablaba cuando, de manera casi religiosa con aires de ritual, comenzó a doblar las prendas de las niñas, a hacer una pila para después ubicarlas en bolsitas de nylon, dos bolsitas celosamente guardadas porque hasta el nylon escaseaba en Tacuarí. María y Juanita sollozaban hundidas en un mar de penas, en un pozo de tristezas sin fin, sin atreverse a suplicar quedarse, ahogadas en un diluvio de resignaciones y culpas, sintiéndose culpables por comer, por necesitar, por existir. Por eso las niñas no dijeron nada, no pudieron hacerlo y callaron en un silencio de corderos ante un destino siniestro.

Joaquín Ramírez se bañó temprano, se pasó la noche desvelado por los fantasmas de la abstinencia, lo que más aborrecía del trabajo de ojeador era tener que mantenerse sobrio. Nada de alcohol y nada de blanca, ya que podrían dañar su imagen de turista inofensivo y perjudicar el negocio entre manos. Las adicciones lo mecían a diario en un vaivén sin fin donde el consumo era de tal magnitud que en más de una oportunidad se había provocado un sangrado en las muñecas para escapar de una sobredosis mortal. A pesar de tener el cuerpo pidiendo a gritos una línea de cocaína, estaba en cierto modo contento, a punto de llevarse a María y Juanita con él, lo que le significaba sacarse la lotería y a unos metros de lograrlo, no quería complicación alguna. Se afeitó, se echó unas gotas de perfume brasileiro imitación del francés y se echó un último vistazo para asegurarse de que todo estuviera en

su lugar. El espejo le devolvió una imagen de argentino tipo, con aire despreocupado y sonrisa de mejilla

a mejilla repartiendo confianza al andar. Se felicitó para sus adentros porque nadie podía llegar a sospechar que detrás de la máscara coexistía el mismo lucifer, alimentándose del sufrimiento de los demás, disfrutando de la brutalidad sin necesidad ni explicación alguna. Nacido en un hogar de clase media con padres obreros, respetuosos de las normas de convivencia social fue creciendo torcido atribuyéndole a la cigüeña la equivocación de su origen porque disfrutaba con los penares ajenos, con las tristezas acumuladas en las mochilas de sus compañeros, con encontrar las debilidades ocultas, las fisuras del alma de los otros.

Al acercarse al mediodía partió hacia la casa de Eleonora Rodríguez y compró unas empanadas fritas al paso para no aparecer con las manos vacías. Golpeó la puerta en forma pausada y cuando María abrió, sonrió paternalmente ofreciéndole el paquete. Aprovechó el almuerzo para insistir en las bondades de la Argentina, lo fácil que era triunfar en ese mar de oportunidades. Eleonora lo escuchaba con la mejor atención que podía mientras las adolescentes probaban algún bocado sin emitir sonido, la atmósfera era agobiante porque hasta las paredes necesitaban creerle. Con pocas palabras la mujer indefensa aceptó la propuesta.

Después del almuerzo y con la excusa de una urgencia familiar, Joaquín Ramírez apuró los trámites, tomó en sus manos las bolsitas de las pertenencias y salió a la calle para dejarlas despedirse, en su papel de hombre comprensivo.

Eleonora Rodríguez ni por un instante atinó a corroborar los datos del visitante, estaba plenamente convencida que sus hijas se iban con Esteban Pérez, un empresario argentino dueño de una agencia de modelos. Eleonora Rodríguez portaba la sumisión heredada de siglos y la sangre inundada de resignación. Ese mediodía maldito abrazó a sus hijas fundiéndolas a su humanidad desvencijada, envejecida de penas, seca de alegrías, sin poder llorarlas, las apretó tan fuerte que les hacía daño. María y Juanita sollozaban un lamento que

descosía las carnes de tanto dolor, un sonido a duelo, a adiós a la madre y a sus dos hermanos amontonados sobre un viejo baúl sin entender del todo los acontecimientos.

Las niñas salieron caminando de la casa con los pasos de los ajusticiados rumbo al cadalso, con la frente cabizbaja y los cuerpitos encorvados, vestidas con sus únicos atuendos festivos: un par de jeans y sendas camisas anaranjadas salpicadas con flores. Para completar el vestuario calzaron unas sandalitas al crochet que su mamá les regaló la última navidad. Como Joaquín Ramírez desconocía de piedades, apuró el trámite pidiendo los documentos y acompañó a las pequeñas a subir al vehículo. Cuando puso en marcha el automóvil, Eleonora Rodríguez ya había entrado a llorar sus tristezas.

Sur de la Pampa, 2 de agosto de 2005

Una escena ahuecada en el tiempo, envuelta en una suma de quietudes. La mujer de pie ante la inmensidad, con la niñita escondida en sus brazos durmiendo un sueño de cansancios.

El hombre inmóvil ante ella a escasos metros de distancia, con los ojos marchitos por la acción destructora de tantos años sobreviviendo en la noche. Una noche maldita que empalidece las frentes y erosiona las almas dejándolas desnudas de sentimientos nobles.

—¡Por favor Joaquín! ¡Déjame vivir! Sofía es todo lo que me queda...

—María, mi dulce María ¿Qué van a decir los muchachos si me ablando? Cualquier pendejo de poca monta me va a arrimar una nueve milímetros, apurando mi visita al otro infierno.

—¡Decí que me mataste! Te prometo nunca salir del pueblo, nadie va a verme, Rosario está tan lejos...

—Pero chiquita, como puedo creerte. Para navidad vas a intentar encontrar a tu hermana y siempre hay algún soplón que va a botonear que respirás todavía.

—¡Te lo ruego! Decime si Juanita está bien y yo te prometo no buscarla nunca.

El hombre pronunciaba las palabras a media voz, dueño absoluto de la situación, con el pleno convencimiento que en esos momentos era Dios, en las palmas de sus manos conteniendo el destino de los otros.

—María, Juanita está bien. Ni se te ocurra querer desgraciarla como a vos, enterrándola viva en este campo de mala muerte.

La mujer se le quedó mirando con los labios entreabiertos y los ojos espantados, corriéndole un sudor frío como la muerte en los surcos del rostro. El temblor de las rodillas acusaban que el terror se iba apoderando de sus ánimos dejándola en una orfandad de fuerzas para luchar. El tórax se le iba ahuecando cada vez más como si el oxígeno no le alcanzara para sostenerla ante tanta desesperación. A pesar de los vaivenes de sus costillas la niña seguía adormecida, en su inocencia de ángel, sin presentir que en esos momentos se estaba decidiendo su destino.

Tacuarí, Paraguay, abril de 1998

Joaquín Ramírez apuró los pasos obligando a las hermanas a hacer lo mismo. Su experiencia de coyote carroñero le había enseñado a no confiarse hasta terminar el trabajo y a esta altura de las circunstancias faltaban las partes más complicadas. Había dejado el auto a dos

cuadras de la casa de Eleonora Rodríguez a las puertas de una vieja escuela, donde los cánticos y las risas de los pequeños encendían el lugar. Dejó su auto estacionado con los propósitos de hacerse público como quien no tiene nada para esconder, haciendo honor al refrán que el mejor disfraz es el que se hace carne y uñas. María subió antes que Juanita haciendo frente a lo desconocido aunque sin estar muy convencida, con un puñado de dudas amontonadas en la mirada.

Joaquín Ramírez apuró los pasos. La desesperación le estaba desacomodando los modales, tenía en claro que sin documentos falsos no podían cruzar la triple frontera.

Acostumbrado a estos trámites llevaba dos en los bolsillos a los cuales sólo les faltaban las fotos, cuestión que podía resolver en Ciudad del Este; pero sin embargo, el problema que lo estaba aguijoneando era otro. Un documento acreditaba la existencia de Liliana Peralta, argentina, nacida en Rosario en junio de 1980 y el otro a nombre de Estela Gómez, argentina, también nacida en Rosario, en abril de 1980, es decir diferentes apellidos cuando las mellizas eran idénticas, iguales como dos gotas de agua. Este acontecer le significaría de seguro desembolsar unos cuantos pesos más, aunque todo podía arreglarse en la viña del Señor, el problema es que cuando las cosas se salían del carril había que hacer una contribución monetaria más importante que la habitual. El hombre conducía totalmente concentrado en los trámites posteriores intentando no dejar nada librado al azar, mientras María y Juanita no emitían sonido alguno. Acomodadas en el asiento trasero se parecían a los animales horas antes de ser faenados incapaces de reaccionar ante el verdugo que se va a quedar con su esencia. Las niñas llevaban la obediencia enraizada en los huesos y la resignación escrita en el alma, bajo siglos de sojuzgamiento a los colonizadores que mitad con la espada y mitad con la cruz dominaron a los pueblos originarios y por ende a sus descendientes mestizos. Sentadas muy juntas, intentaban darse ánimos con el contacto de sus

cuerpos y no desfallecer de terror ante lo desconocido e impredecible. Joaquín Ramírez indiferente a la presencia de sus acompañantes, conducía como un demonio a ciento ochenta kilómetros por hora, con el acelerador presionado por la ansiedad de llegar cuanto antes a la próxima parada con todos los sentidos a punto de estallar, porque en el negocio

los errores podían pagarse con la vida. Además, la sangre le hervía en los laberintos de las venas y el corazón amenazaba con salirse de su cavidad por tantas horas de abstinencia.

Avanzada la noche cuando una luna de plata destilaba nostalgias, asomándose apenas detrás de unas nubes negras, negras de presagios y hechizos, el automóvil se detuvo estacionando frente a una casucha medio rancho a las orillas de Ciudad del Este, un universo paralelo dentro del mundo conocido por los mortales. Joaquín Ramírez no disponía de momentos de más, hasta los segundos contaban en la carrera desenfrenada contra el reloj y él lo sabía de antemano.

—Chicas, vamos a detenernos porque necesito terminar unos trámites, espérenme aquí cualquier cosa les aviso.

Y se bajó sin necesitar respuestas y sin esperarlas por si acaso surgía algún interrogante, con el apuro en las piernas y la desesperación endureciéndole los gestos. Sin rodeos golpeó la puerta de madera remendada con chapas oxidadas hasta que lo atendió un joven maltrazado de unos treinta años, con el pantalón a medio abrochar y la melena desprolija tapándole la cara.

—¡Sapo no te asustés hermano que soy Joaquín! Disculpá la hora pero se me hizo tarde...

El joven lo miró entreojos con las neuronas desconectadas aún, sin poder entender bien la realidad.

—¡Joaquín, qué sorpresa me das! Hace meses que te perdí el rastro. Te juro que hasta pensé lo peor.

—Pasó hermano que se nos jodió todo allá en Rosario, a una jueza de mierda se le dio por hacer pesquisas. Imaginate.

—Muy malo Joaquín, muy malo para el negocio, para todos...

—¡Mirá si no lo voy a saber! Jodernos a nosotros, que nos especializamos en hacer sonar a los otros.

—Y... ¿qué hicieron?

—Fácil, le aplicamos unos cuantos tiros a su camioneta cuatro por cuatro nuevita.

—¿Y?

—Y la vieja le dijo a los vigilantes que la habían asaltado pero se dio cuenta al toque que éramos nosotros y por donde venía la mano.

—¿Y se mandó a guardar nomás?

—Por ahora se quedó piola y las requisas en los boliches se frenaron. Igual los vigilantes soplones por unas chirolas más nos avisan una hora antes de que lleguen.

—¡Qué jodido Joaquín!

—Lo difícil es esconder en un santiamén a las pendejas.

—Ese es el tema, son muchas para hacerlas desaparecer de golpe.

—Además hay que echar mano a algunas nonas para armar el ambiente.

—¿Las pedís prestadas?

—Me las trae el Barracuda, pero el loco está a dos horas de camino.

—Decí que ajustaron a la vieja, sino nos morimos de hambre todos.

—Por ahora las cosas están calmas. Pero viste como es esto, mañana asume como juez otro mojigato que quiere mejorar el mundo y se arma la fiesta.

—Hablando de fiestas, hermano ¿Qué te trae por aquí?

—Sapito, vengo de Tacuarí. Conseguí una mercadería que es de vitrina, unas joyitas para el ambiente. Pero mientras las bajo conseguime unos ravioles que la abstinencia me está matando.

—Hagamos una cosa mientras vos vas a la piecita del fondo a tomarte unas líneas con una merca rica, yo me encargo de ir al auto.

—¡Siempre tan atento vos!

Joaquín Ramírez salió disparado como un rayo, temblándole el cuerpo sin alma por la neblina de la abstinencia, con la sangre picándole los órganos sin perdonarle el cansancio. Se acomodó como pudo depositando su desequilibrada humanidad en un catre piojoso al lado del cual había una mesita mugrosa con un espejo y una hojita de afeitar para realizar la faena. Después de las horas que llevaba sin consumo, el lugar le parecía el expreso al paraíso y en cuestión de minutos estaba descansando, acunando a sus demonios internos,

tendiendo la mirada hacia el techo para reírse de los fantasmas que se hamacaban en los tirantes, sus figuras oscilantes lo entretenían en su viaje cotidiano hacia la muerte, aunque todavía no completaba el trayecto.

El Sapo se mordía la lengua de tanta curiosidad, por eso el trayecto hasta el auto lo hizo montado en un rayo cósmico.

Estaba acostumbrado a caminar entre la vida y la muerte por eso las sorpresas generalmente no le causaban asombro pero si Joaquín le vaticinaba que se quedaría con los labios entreabiertos y los ojos desorbitados algo bueno debía haber, el diablo Ramírez no andaba con vueltas y él lo sabía hacía años. Al asomarse al auto por la puerta delantera logró que

María y Juanita se incorporaran de golpe medio adormecidas, atontadas por el viaje, desconociendo las diferencias entre realidad y fantasía. Con el susto ovillándoles los nervios, se apretaban una contra otra intentando escapar donde no había escapatoria. Sin calor de nadie y sin consuelo respiraban de manera entrecortada como si el aire no les oxigenara los pulmones. El Sapo volvió atrás y se les acercó por la puerta trasera haciendo un esfuerzo por ser amable, por parecer gente aunque no tuviera el don de serlo, se presentó y las invitó a bajarse para tomar un plato de sopa caliente y un vaso de jugo. Las niñas descendieron despacio mezquinando los pasos ante la incertidumbre, caminando a oscuras por el vientre de la noche plateada, guiadas por la voz del desconocido que intentaba ser agradable. No es que el Sapo supiera de compasiones, simplemente había aprendido en negocios pasados que la mercadería que no estaba en condiciones no valía nada, por eso trataba bien a María y Juanita. Era un

conocido pasador de frontera, conocía que los gendarmes por unas monedas, miraban para otro lado sin controlar los documentos, transformados en Judas modernos. El Sapo conocía de modo la frontera y cualquiera que quisiera pasar de Paraguay a la Argentina envuelto en los halos de la clandestinidad, obligadamente tenía que contratarlo. Se movía como pez en el agua utilizando un circuito de cruce que le permitía minimizar los riesgos, sobre todo cuando en el trabajo se jugaba la vida; si algo salía mal no iba a haber espacios para llorar sus desventuras, sólo una bala para besarle su maldita calavera. Siempre pasaba de Ciudad del Este (Paraguay) a Foz Iguazú (Brasil) utilizando el Puente de la Amistad construido sobre

las aguas barrosas del Paraná, después, con la astucia de un chacal y la rapidez de una chita, se dirigía de Foz Iguazú a Puerto Iguazú (Argentina) por el Puente Tancredo Neves. No dejaba cabo suelto y en cada puesto tenía cómplices que aceitaban los engranajes de la red de tráfico

humano, operando con total impunidad ante la mirada ingenua de miles de turistas que ni en sus pesadillas más aterradoras podían imaginar semejante grado de corrupción y maldad. Si

el Sapo no hubiera estado tan enamorado de la cocaína, su vicio más costoso, se hubiera enriquecido hasta el hartazgo porque todos los traficantes de personas caían rendidos a sus pies, preferían pagar más pero asegurarse el éxito.

Roberto González fue apodado el Sapo antes de su destete porque había nacido desgraciado por una fealdad que daba miedo. Poco antes de su primer cumpleaños su madre lo abandonó en las puertas de un convento, quizás desde esa noche de adiós lastimero quedó enraizado su odio a las mujeres, sellando con su indefensión un destino cruel para miles de niñas compradas y vendidas por unos centavos.

María y Juanita se dirigieron hacia la pocilga con la frente apuntando hacia la vereda de ladrillos, solas, completamente solas, sumergidas en un silencio más profundo que el mismo abismo, cargando a cuestas el desconsuelo del condenado que ve morir su última esperanza. Se sentaron en unos banquitos de plástico para comer la pequeña ración y beber algo.

—Cuando terminen de comer, si quieren, se pueden recostar un rato mientras Joaquín y yo hablamos de negocios.

No hizo falta que les dijera nada más porque antes que terminara la frase, las dos hermanas se estaban acurrucando en un único catre arrimado a una pared carcomida por la humedad y los hongos. Las cobijó un colchón hediondo de sudores que despedía vahos a cada movimiento y una colcha raída por el uso con más agujeros que hilos. Se durmieron temblando, abandonadas a la suerte y a las garras de Joaquín Ramírez que en la otra habitación estaba saliendo de su letargo para discutir el precio del cruce con el Sapo.

—Viste Sapito ¡qué joyitas conseguí!

—¡La mierda hermano! ¡Son preciosas las pendejas! Igualitas como dos gotas de agua.

—¡Sabés los ratones que se van a hacer los garcas de Rosario!

—Tenés que sacarles el jugo Joaquín, antes de que se pongan viejas.

—Quedate tranquilo que de acá hasta que cumplan veinte van a trabajar unas cuantas horas.

—¿Tenés apuro para irte?

—Vos sabés que no estoy tranquilo. Además en casa lo dejé a Guzmán y es medio cagón el hombre.

—Entonces ya le estoy llamando al Manuelito para que lo antes posible los muchachos ocupen sus puestos.

—Sapito haceme precio, vos viste que yo te mando todos los clientes que puedo.

—Tranquilo hombre, que con vos no hay problemas...

Lo dijo con una sonrisa de oreja a oreja que acentuaba aún más su fealdad batracia, dándole un aspecto de gnomo de los cuentos, mientras con el celular intentaba ubicar a Manuelito. Manuelito Díaz se había enriquecido mirando para otro lado, sufriendo una ceguera conciente ante los hechos que debía controlar; por unos cuantos pesos nunca notaba nada raro y permitía que los traficantes pasaran ante sus narices con lo que necesitaran cruzar: droga, animales o seres humanos. La cocaína iba y venía escondida en las plantillas de las zapatillas de alegres turistas y cualquier varón respetable en apariencias podía pasar acompañado de niñas con caritas de no más de quince. Manuelito Díaz o sus compañeros del negocio se transformaban en ciegos, sordos y mudos al menor contacto con el dinero.

Sur de La Pampa, 2 de agosto de 2005

La mujer permanecía sin pestañear con los ojos clavados en el auto que se alejaba, con los brazos carcomidos por los calambres seguía sosteniendo a la niña contra su pecho utilizando todas las fuerzas de su vida y todas las facultades de su alma. Tenía los pies atornillados al suelo verde de gramillas, ajena al sudor, que en gotas, caía por su frente intentando humedecer sus pensamientos. De a ratos la acompañaban los gemidos de las copas de los álamos que se tocaban y fundían entre sí. Se quedó una eternidad contemplando la senda por

donde se había marchado el hombre que le desgració la vida y la había buscado por cielo y tierra para hacer lo mismo con su pequeña, hasta que no pudo más con el agujijoneo del cansancio y tuvo que entrar a la casa para depositar a la pequeña en su camita. Se tomó unos minutos para encender el fósforo y calentar agua. Después con los gestos de una autómatas, comenzó a preparar el mate con hojas de menta, el preferido de su esposo, que llegaría en cualquier momento.

El ladrido de los perros la puso en guardia, aún tenía un manojo de sustos estrangulándole las entrañas, debido a los últimos acontecimientos no sabía a qué atenerse, por eso en un segundo corrió la cortinita de la ventana para espiar lo que estaba sucediendo en los patios delanteros. Grandes fueron sus suspiros cuando vio a su esposo estacionando el vehículo familiar y se precipitó a su encuentro con tal desesperación que casi arrojó a las baldosas el mate recién cebado. El hombre comprendió aún sin explicaciones al verla con los ojos amoratados, madrugándole a la madrugada, sintiendo que los horrores guardados podían

hacerse realidad en un segundo y que el corazón no iba a resistirle tanta crueldad del destino.

La abrazó escondiéndola en el campo fértil de su cuerpo intentando darle calor a su aliento de mujer desesperada para que pudiera contarle, decirle con palabras qué penas le estaban despellejando el alma.

—¡Nos encontró Pedro, nos encontró!

—¿Estuvo aquí? ¡Por favor contame que pasó!

—No sé si puedo contarte todo, estoy tan asustada...

—María, ¿Dónde está Sofía? Decime...

—Tranquilo que está durmiendo, está bien a pesar de todo. No sé como hizo para saber donde estaba, pero Joaquín en persona estuvo acá. Se fue hace pocos minutos.

—Si hubiera llegado un rato antes...

—¡Gracias a Dios que no estabas! Si algo te pasara a vos o a Sofía, me muero de pena.

—María, mi amor decime que pasó...

Y ella comenzó a contarle como pudo, llorando sus desventuras, sintiendo que de tanto dolor le dolía hasta el aliento. Por momentos se detenía para encontrar las palabras adecuadas que pudieran reflejar las locuras vividas, un miedo más atroz que a la muerte misma, la posibilidad palpable y real de que se robara a la pequeña. Nada tan difícil para un ladrón de vidas, para quien alimentó su maligna existencia con la sangre de los demás, lamiéndoles la dignidad hasta la última gota.

Se quedaron fundidos en un abrazo de tristeza, apretados en un silencio profundo y quieto, hasta que la niña despertó.

Ciudad del Este, Paraguay, abril de 1998

Manuelito Díaz estaba listo en su puesto de guardia, el uniforme de gendarme le estaba presionando las vísceras, de seguro le estaba haciendo falta uno o dos talles más, cuando se reuniera con su oficial inmediato superior le haría el pedido que no tardaría en llegar porque su conducta era excelente, al menos en apariencias. El buen comer y los litros de alcohol bebidos en las noches de juerga le habían sumado a su corporalidad unos cuantos kilos más en pocos meses.

Manuelito Díaz estaba listo esperando las órdenes del Sapo para concretar su parte en el trabajo de la red mientras pensaba en sus padres, unos campesinos mansos de manos callosas de tantos soles azada en mano desyuyendo los yerbatales, con el sudor inundándole los surcos del rostro para después quemarles las fibras de las vestimentas. Buena gente, caminando en línea recta con el único objetivo de criar a su hijo en la dignidad, cualidad que Manuelito desconocía. Pero sus padres no lo sabían, por el contrario se pasaban las horas describiendo las hazañas de su hijo uniformado, cumpliendo con los deberes de su rango, sirviendo a Dios y a la Patria. Manuelito Díaz servía pero a sus bolsillos y de manera desmedida, de forma tal que muy pocas veces permanecía ajeno a las operaciones ilícitas en los pases fronterizos. Además durante años había ido interceptando a otros uniformados con intereses parecidos lo que le permitía brindar un servicio con muy poco margen de errores, que es lo que solicitaban rufianes o narcos. Conocía todos los entretelones de los puestos, sabía que el control más exigente era en el Puente Tancredo Neves, del lado argentino, por eso en ese lugar estaría apostado, garantizando el éxito.

El celular del Sapo sonó y la voz ronca de Manuelito pronunció las palabras divinas:

—*“Oye hermano, el cumpleaños de Alberto está programado para dentro de dos horas o te apurás o te quedás sin torta”.*

En cuestión de segundos Joaquín Ramírez despertó a las niñas que se levantaron con el susto aflojándoles las rodillas, María intentó dar ánimos a Juanita que comenzó a sollozar ahogadamente. En cuestión de minutos estaban en camino corriéndole una carrera al tiempo. A escasos metros del Puente de la Amistad, Joaquín Ramírez se desencajó en una furia tal que parecía que se le iban a estallar los músculos de la cara.

—*¡Maldición, Sapo! Nos olvidamos las fotos.*

Las fotos para los documentos, sin las cuales, ante cualquier requisita inoportuna no tenían nada para mostrar.

—*Doblá en la próxima Joaquín, vamos del Beto.*

Y doblaron a mil por hora para hacer dos cuadras y se detuvieron frente a una casucha con aspecto a tapera a recuperar, ahí se bajaron arrastrando a las niñas adentro para solucionar el inconveniente. Beto estaba acostumbrado a solucionar problemas. Es más, aprovechaba estas situaciones para cobrar un plus bastante interesante por eso no se sorprendió en lo más mínimo y en cuarenta minutos tenía resuelto el atolladero. Con una sonrisa entregó el material y guardó el fajo de billetes deseándoles suerte y saludando con la mano derecha al automóvil que se alejaba haciendo rechinar las cubiertas en medio de la noche plateada con una luna de cuentos a medio vestir por las nubes.

Cruzar era el último obstáculo entre Joaquín Ramírez y sus propósitos de oscuridad.

Tacuarí, Paraguay, abril de 1998

Eleonora Rodríguez se secó un puñado de lágrimas con el delantal, estaba pelando cebollas para hacer el guiso de todos los días, guiso de caracú o puchero de quijadas, esas eran las dos variedades del menú. A veces, cuando los tiempos se ponían muy malos, solo quedaban unas papas hervidas acompañadas por una ensalada de achicorias, siempre y cuando el sol tropical no hubiera liquidado el almacigo. Pero no lagrimeaba por las cebollas, estaba llorando ausencias, las ausencias esparcidas por toda la casa y que le partían el espíritu cada vez que se acordaba de sus niñas. Fresca, latiendo en su memoria se le aparecía la imagen de la partida, el adiós que nunca debería haber permitido. No iba a perdonarse nunca el obligarlas a irse, se había dejado ganar por los sueños de un futuro mejor, para que no pasaran por el vía crucis que ella soportaba a diario sosteniendo sola el hogar. Pero ahora estaba arrepentida, con un arrepentimiento que le arrancaba a dentelladas las fuerzas del alma. No iba a perdonarse nunca el haberse dejado ganar por la desesperación ¿Si les pasaba algo?, ¿Si Esteban Pérez no las trataba como correspondía?, ¿Si les gritaba o no les daba de comer lo suficiente? Todos los aconteceres posibles se le agolpaban de una vez en la superficie de su sien.

Eleonora Rodríguez agregó cuatro caracúes a la pesada olla de fundición además de echar unos troncos al vientre anaranjado de la vieja cocina a leña, después echó un pedacito de ají y un pimiento cortado en julianas y se dispuso a pelar las papas mientras el fuego se encargaba de la cocción; solo tres papas, una para cada uno por si escaseaban en los días

venideros. Siempre con lágrimas en los ojos se dirigió al fondo del patio, el cual limitaba con los comienzos de la selva, porque allí se estaba cocinando una hogaza de pan en un hornito de barro mientras sus dos niños pequeños jugaban a los jinetes con unas ramas peladas. Retiró el pan a punto y se quedó mirando las marañas que habían avanzado en la semana, se prometió cortarlas al día siguiente; además de los miles de pormenores cotidianos, mantener la selva a raya era parte de la supervivencia, nunca había podido tapiar los fondos lo que hacía que vivieran expuestos a los habitantes del mundo verde. Eleonora Rodríguez se sentía huérfana de alegrías, moría un poco cada día ante tantas desventuras, se preguntaba si en la repartija, Dios, no se había equivocado y a ella, por error, le había asignado los sufrimientos de varios.

Posadas, 31 de abril de 1998.

Depositadas en una habitación de dos metros por dos metros, apiladas como bolsas de harina, acurrucadas en una soledad de monjas de claustro, María y Juanita, fueron encerradas, mareadas por la locura de la incertidumbre, metiéndoseles en los huesos la humedad de las paredes. Custodiadas por las sombras de un destino maldito amarrado a los deseos de un

hombre, Joaquín Ramírez o el diablo Ramírez como le solían llamar en los suburbios de Rosario.

Para las niñas el silencio se volvió fantasma y los sueños, por la metamorfosis, se volvieron pesadillas. Los catorce años en Tacuarí no fueron suficientes para entender cuánta dosis de

maldad puede acumular un ser humano en sus glóbulos rojos, veneno suficiente para destruir el porvenir, para hacer añicos los cristales de la inocencia, de la credulidad, dejando a cambio un hoyo de amargura tan profundo que nada ni nadie va a poder curar.

Joaquín Ramírez se cortaba las uñas con una tijerita curva en la habitación contigua a la de las niñas, lo hacía con la precisión de un cirujano, ensimismado en sus pensamientos.

Sabía que tenía que encargarse de lo inevitable, de entrenar a las hermanas destruyendo sus almas sin dañar sus cuerpos porque estos eran sus instrumentos de trabajo, el motor generador de divisas por eso, aunque la iniciación podía llegar a ponerse difícil, bajo ningún concepto quería arruinar la mercadería.

Una vez se salió de los cabales y le rompió una silla en un brazo a una niña boliviana dejándole fractura expuesta. La pequeña no paraba de gritar y llorar por lo que al tercer día del hecho la dejó tirada a unas cuadras de un hospital, no tenía muchas opciones, la mataba o la abandonaba a su suerte. Se decidió por la segunda, no porque le quedara algún vestigio de humanidad en la médula, simplemente quería evitar que se corriera la voz de que se le estaba yendo la mano y ajustaba demasiado. Entonces los vigilantes de turno podían hacerle

una visita inapropiada y él no estaba dispuesto a aumentar el canon para que no lo molestaran. Joaquín Ramírez les pagaba la cuota diaria para que se volvieran ciegos, sordos y mudos y si alguno no entendía como se manejaban las cosas en el ambiente pronto era trasladado a otra repartición. Siempre se tomaba el tiempo para compartir unas copas de champagne de primera con los jefes, no escatimaba en eso aunque los odiaba con todas las fuerzas de su ser y en las reuniones del hampa se pasaba horas mofándose de un uniformado en particular haciendo alusión a su cobardía. Los odiaba porque vivían de Dios (la ley) y del diablo (las mafias de la noche), en cambio él tenía un sólo señor, el diablo. Igual los soportaba porque necesitaba de servidores públicos corruptos para sostener las piezas en su lugar y que todo funcionara a la perfección.

En la habitación contigua, Juanita hecha un ovillo de felpa se acurrucaba cada vez más contra María. De tan juntas parecían una sola corporalidad con un corazón en común latiendo a mil por minuto. Algo andaba muy mal, ellas lo estaban presintiendo en cada centímetro de su piel inocente de catorce años, no entendían de qué se trataba pero se podía oler en el aire. La amabilidad de Joaquín Ramírez había quedado en Tacuarí, desde la

partida tanto él como los demás hombres que fueron conociendo, las trataban con una frialdad que helaba hasta los huesos, con una escasez de palabras que daba miedo. En la otra habitación Joaquín Ramírez sonría solo al pensar en las gemelas, eran oro en polvo, abriéndose a la vida como dos pimpollos en primavera, con un puñado de sueños amontonados en sus jeans gastados, con el alma transparente asomándose a sus pupilas almendradas y sus cabellos azabache capaces de esconder las estrellas entre sus ondas. Se reía al pensar que las pequeñas no podían ser más iguales, como dos gotas de agua, causando impresión el ver tanta belleza por duplicado.

Joaquín Ramírez aspiró unas líneas del polvo que le había obsequiado el Sapo antes de despedirse, quizás se estaba poniendo viejo y le estaba costando un poco la segunda fase del plan, iniciar a las niñas. Se levantó del catre empobrecido para abrir la puerta que lo separaba de ellas y de un salto se acercó a María, la tuvo que forzar para separarla de su hermana medio a los manotazos. Cuando se despegaron, los gritos de Juanita partieron la noche misionera en dos, aterrada sin saber que hacer ante la desesperación solo reaccionó cuando el hombre le asestó tales puñetazos en el estómago que la dejó arrinconada contra la pared, sin palabras pero gimiendo como un cervatillo ante las fauces del león.

—¡Callate pendeja de mierda que vas a despertar a todo el mundo!

Luego se dedicó a María, en segundos le arrancó la ropa en medio del horror de la niña que, igual que su hermana, no paraba de llorar. Una vez desnuda la dio vuelta sobre el catre inmundo y con la brutalidad de una bestia la penetró sin piedad obligándola a ahogar los gritos de dolor en las colchas mugrientas, terminó en minutos y sin un respiro se dirigió a Juanita para repetir la operación: con el agravante que estaba tan asustada que en medio de la violación la desgarró. Después se marchó cerrando la puerta con llave tras de sí, dejándolas tiradas llorando sangre y rogando muerte porque con semejante acto de barbarie les robó la vida. Las dejó solas con todo el dolor del mundo en sus carnes y en los recovecos de sus almas, con la certeza de que el tiempo tal vez remendaría los jirones del cuerpo pero nada ni nadie podría sanarles los adentros. Fue la segunda noche más triste, cuando empezaron a comprender quién tenían en frente y qué porvenir les esperaba en sus

manos malditas. La noche más oscura donde en pocos minutos pudieron vislumbrar que sus días serían de esclavitud y que sólo un milagro podría salvarlas, si acaso existían los milagros.

Sur de la Pampa, 8 de agosto de 2005

El cielo pintaba violeta y carmesí con el sol escondiéndose sin prisas en la horizontalidad. Tarde de cineastas, lejos de las urbes, del ruido y los horarios.

Una brisa compasiva agitaba de a ratos las flores más jóvenes de la vieja glicinia, enramada por doquier entretejiendo sueños en cada nuevo cruce, en cada nuevo nudo. La planta y la casa eran una, se habían fundido en un único abrazo de sabia y vida, el arbusto la había colonizado desprendiéndose de los soportes de alambre para trepar por los techos colorados y amarrarse fuerte de las hendiduras penetrando en los adentros de la casa, en sus carnes de material sin vida, para resucitarla con los brotes y las flores lilas en los albores de la primavera.

En su tallo retorcido se podían divisar claramente las promesas de hojas, aceleradas por un invierno compasivo con días de soles y temperaturas suaves que estimulaban al pintor de la naturaleza para que salpicara de verde el paisaje.

La glicinia, la casa y la niña jugando con sus muñecas.

La niña ajena a todo vestigio de maldad del mundo exterior, balbuceando algunas palabras a la brisa o quizás a algún ángel que se sentó a espiarla en su inocencia, prendado por la

magnitud del cuadro. A metros de la pequeña sus papás la contemplaban, intentando detener la eternidad en esos momentos.

—Pedro, no voy a volver...

La mujer lo dijo mirándolo tan hondo que sus ojos recorrieron hasta las vísceras del hombre, ojos húmedos de angustias guardadas y de dolores por parir.

—María, te prometo que lo vamos a solucionar, siempre lo hemos hecho, juntos...

—Amor de mi vida, quiero que me entiendas esto, no se va a llevar a Sofía pero tampoco voy a volver.

—¡Por favor María!!! Sabés que es imposible...

—¡Pedro! Nada es posible cuando está metido el diablo Ramírez. Pero no le voy a permitir que toque a Sofía, y yo no vuelvo al infierno.

El hombre se juntó las lágrimas con el puño de la camisa, sintiendo que todo lo que más amaba podía esfumársele en un instante.

—María, mi dulce María, la nena y vos son todo lo que tengo, sin ustedes nada tiene sentido.

—¡No Pedro, Sofía es todo lo que tenés! Ella te necesita más que yo, no hay elección que hacer...

El hombre se tomó la cabeza con una mano, y con la otra se soatenía el pecho para que el corazón no le estallara, la vida no podía jugárselas tan malas, no podía robarle su tesoro máspreciado su familia. El solo hecho de pensar en ello le secaba el jugo de las venas, el jugo de la existencia.

—María, mi cielo, no hay vida sin vos...

Ella tuvo que juntar los alientos del fondo, conteniéndose para no desfallecer ante tantas profecías acumuladas.

—No corazón, no hay vida sin Sofía. ¡Por favor Pedro entendé! Si se la lleva, la vende a otra rama de la red que trafica con niños pequeños y no la vamos a encontrar nunca, nunca más.

—¡María, pensemos!

—Pedro, mi amor. Me sacaste del infierno y me regalaste unos años maravillosos, estoy muy feliz por eso pero no puedo permitir que se lleve a mi niña...

—El destino va a estar de nuestro lado, le vamos a encontrar la vuelta... ¿Si vendemos todo y nos vamos?

—Amor mío, no hay adónde huir. Las redes funcionan de tal manera que siempre te encuentran. Y si no fijate que nos encontraron acá, perdidos en la inmensidad.

—Debe haber manera...yo no podría vivir sin vos y Sofía...

Lo dijo con todo el convencimiento de sus entrañas, con miles de lágrimas estallándole en la cara, sin poder sujetar los sentimientos que lo estaban llevando al borde de la locura. Él sabía con todas las certezas juntas que llegado el momento no podría elegir, las amaba a las dos con toda su capacidad, con toda la fuerza de su sangre, de la misma manera. No podría elegir estaba seguro. Mientras abrazaba fuerte a su compañera se preguntó si para comprar el arma le pedirían demasiados requisitos, el trámite se podía llegar a complicar porque todos en el pueblo conocían su pasión por la naturaleza y nadie creería tan fácil que estaba queriendo cazar unos bichos. La idea de matar le sonaba a barbarie pero si era la única opción para salvar a su familia, estaba decidido.

Córdoba, 2 de mayo de 1998.

El trayecto de Posadas a Córdoba lo hicieron en un día, Joaquín Ramírez conocía todos los caminos alternativos para zafar de los controles más estrictos, además estando dentro del País estaba en su territorio y jamás algo le salía mal esta vez no tenía por qué ser diferente. Córdoba, la docta, ciudad de oportunidades para todos los hombres de buena o mala voluntad, casa natal de unos primos paternos dedicados como él al fructífero negocio de la trata de personas anexo a la distribución de cocaína en la zona estudiantil. Todos los vendedores de poca monta del lugar debían regirse por las reglas de los Ramírez, famosos por la brutalidad con que regañaban a los que se les ocurría comprar merca en otro lugar. Ingresaban la droga desde Bolivia como si fuera un juego de niños, a través de las suelas de las zapatillas, en las partes íntimas de mujeres o travestis. Eran tan audaces que una vez fueron protagonistas del caso más renombrado del hampa durante meses, le secuestraron la cuatro por cuatro a un juez y a las veinticuatro horas le llamaron para pedirle un rescate de tres mil dólares, el único requisito era que la fuera a buscar a Santa Cruz de las Sierras en Bolivia. El hombre envuelto en el halo de vulnerabilidad que nos cubre a todos cuando estamos desesperados aceptó la oferta. El intercambio ocurrió sin mayores contratiempos igual que el viaje de regreso, recién al estacionar frente a su casa ocurrió lo inesperado, le robaron nuevamente el vehículo el cual dirigieron a un taller cercano para desarmarlo, para sorpresa de su dueño.

En minutos lo dismantelaron para extraer los kilos de droga que traía escondidos en los paneles de las puertas, la hazaña corrió por el ambiente de la noche como reguero de pólvora

provocando en todos risas y admiración por las ocurrencias de los Ramírez, primos de Joaquín.

Detuvo el auto en seco frente a una mansión de un barrio residencial, haciendo rechinar las cubiertas, estaba apurado por llegar y darse una ducha bien caliente o un buen baño de inmersión. Antes de bajarse, miró a las niñas sentadas muy juntas en el asiento trasero.

—Espérenme aquí, que ya vuelvo a buscarlas...

Y se marchó hacia el portón inmenso del cual emergieron varias personas que entre abrazos y risas lo hicieron pasar.

Las pequeñas completamente solas se dieron un poco de ánimos.

—Juanita, te prometo que vamos a salirnos...

—No me mientas María ¿Adónde vamos a escapar? Ni siquiera sabemos donde nos lleva.

—Juanita, la Virgencita va a ayudarnos y vamos a escapar de este monstruo .¡Por favor no llores hermanita!

—María debemos haber pecado mucho para que Dios nos castigara así.

—Dios no tiene la culpa, la culpa la tiene el diablo que consigue seguidores como este hombre.

—María todavía me duele mucho acá abajo, me cuesta mucho orinar.

—Ya se te va a pasar...

Lo dijo asustada, temiendo sugerirle a Juanita que se preparara que tal vez era sólo el comienzo de un largo trajinar por los pasillos del mismo infierno, porque en el fondo de su existencia ella presentía que las cosas iban a ponerse peor de lo que estaban. Se calló para no aterrar más aún a su alma gemela, intentando sacar fuerzas de donde pudiera para enfrentar lo que fuera a venir.

En la mansión los Ramírez estaban compartiendo acontecimientos, poniéndose al día después de muchos meses

sin verse. Joaquín y sus dos primos eran bastante unidos, lo suficiente para el ambiente de la noche donde prevalecía la ley del más fuerte aún entre los de la misma sangre, pero los Ramírez se daban unas cuantas manos cuando alguno de los tres lo necesitaba.

—Joaquín, parece que hace años que no te vemos...

—Mirá Canilla, ocurrió que en mi zona una jueza de mierda empezó a joder

—Juancho y yo ya estábamos medio preocupados porque a veces los celulares no son muy confiables y como nos contestabas con evasivas... Sino te aparecías en este mes, te visitábamos nosotros.

—Canilla, Juancho, ustedes son la poca familia que me queda o que reconozco, el resto que se mueran, pero estaba muy apretado con todo intervenido...

—Encima ahora los vigilantes en las ciudades grandes tienen algunos equipitos para molestar, sonamos cuando caen en manos de los giles que quieren acabarnos.

—Lo que pasa es que va tiempo, hasta que los trasladen o de última los boleteen pasan los meses y uno con el corazón en la mano.

—Joaquín, mirá si entienden que a nosotros no nos acaba nadie y los giles mueren creyéndose héroes.

—Decí Canilla que hay uno honorable y cinco atorrantes que venden hasta la madre.

—El bardo lo arman los mojigatos de las asociaciones que empiezan a joder con la poka o con los bulos, entonces algún juez se envalentona. Después aparece algún cana honesto y la pasamos mal, bueno hay que salir a solucionarlo.

—¡Joaquín, la merca es más rentable que las chicas!

—Estoy en eso, pasa que estoy muy solo, en cambio ustedes son dos para repartirse.

—Con los pendejos que vienen de los pueblos hacemos muy buena diferencia con el polvo de los ángeles, las chicas pasaron a segundo plano.

—¡Sabés Juancho, que falta me haría alguien de confianza!

—¿Y Guzmán?

—Es una rata, funciona a palos, no me puedo descuidar...

—Seguro que ahora venís de Paraguay ¿Qué trajiste?

—Unas joyitas de catorce, gemelas, iguales como gotas de agua

—Dale bajaslas, seguro que vos ya las probaste.

Joaquín Ramírez se fue al auto a buscar a las pequeñas sabiendo que sus primos no las molestarían, aún no estaban entrenadas por su dueño, por eso era fundamental que los primeros días solo las tocara él, tenía que enseñarles de cero, de ese aprendizaje dependía el rendimiento de los próximos años. Las encontró abrazadas, temblando, con los ojos enrojecidos por el llanto sin saber a qué atenerse. Por vez primera fue amable sonriendo al abrir la puerta del vehículo, un dejo de alegrías le estaba recorriendo la médula de punta a punta, era reconfortante ver de nuevo a sus primos cordobeses.

Al poner un pie en la mansión, las pequeñas se quedaron boquiabiertas ante la suntuosidad, el lujo del lugar. Los pisos de mármol parecían arrancados de los palacios moriscos, iluminando el living unas lámparas de vitroux con motivos haciendo juego con la gran mampara que daba a un patio inmenso al estilo de los jardines victorianos. Los muebles exquisitos denotaban estilo, igual que la escalera que conducía a la planta superior donde estaban alojadas las habitaciones y cuadros, cuadros vistiendo la desnudez de las paredes pastel, de todos los tamaños y medidas pero con un punto en común: el motivo, escenas de la vida cotidiana de las diferentes épocas por las cuales transitó la humanidad. Las niñas no se imaginaban que la mayoría habían sido adquiridos en el mercado negro, comprados por un valor irrisorio a algún ladronzuelo especialista en el tema. Todo se podía comprar o vender en el ambiente de la noche, hasta la vida de las personas. Joaquín Ramírez acompañó a las hermanas arriba ante la mirada urticante de sus primos que las estudiaban con un dejo de lujuria en las pupilas, para ellos no dejaban de ser unas herramientas de trabajo más.

—Joaquín, dejanos probar la mercadería, un bombón para cada hermano

—No hay historia Canilla, pero no me las arruinen.

Al escuchar estas palabras en la distancia Juanita se puso a llorar desconsoladamente agarrándose de María, cuando los rufianes se acercaron entre palabrotas y obscenidades no las podían separar. Se las repartieron como perros y como tal las trataron, para que no se

escucharan los gritos de dolor y espanto les cubrieron las cabezas con almohadas, acostumbrados a la perversión usaron objetos de todo tipo, excitados ante las súplicas aterradoras de las pequeñas.

Cuando Joaquín Rodríguez cayó en la cuenta que a sus primos se les había ido la mano era tarde, callado, en un silencio cobarde levantó los despojos de María y Juanita y se dispuso a seguir viaje, despidiéndose como si nada hubiera pasado.

A medio camino, en Marcos Juárez, tuvo que parar porque Juanita se estaba yendo en hemorragias mientras María no paraba de suplicar por su hermana, para no ser descubierto se

detuvo en el prostíbulo de un conocido, quién de inmediato mandó a buscar a una vieja enfermera que le atendía las chicas en casos de emergencias.

Al ver el estado en que estaban las pequeñas la mujer las socorrió de inmediato, haciéndoles a ambas una sutura bastante importante.

—Disculpe Agustín, nos conocemos de años y usted sabe que yo no me meto, pero esto es una animalada.

—Mire Antonia, es solo un favor a un amigo...

—He visto de todo pero no entiendo con qué las han destrozado tanto, la que se llama Juanita estaba toda desgarrada con pérdida de materia fecal y una hemorragia que no se si va a parar, yo hice lo que pude.

—Le agradezco Antonia, yo no las trato así, pero cada quién sabe lo que hace.

—No lo entiendo al hombre, si la chiquita no se salva el que pierde es él.

—Buscará a otra, se encuentran a montones.

—Claro, por ahí me olvido que para ustedes son material descartable.

—Usted sabe que yo las cuido más, pero cada quién es dueño...

—¡Pero no de matarlas, Agustín!!!

Dicho esto se fue como llegó, escondida en las sombras de la noche. Joaquín Rodríguez se despidió en un santiamén para reiniciar la marcha después de agradecerle eternamente el favor a su colega.

Sur de la Pampa, 8 de agosto de 2005.

El pueblo es pequeño, quizás con unos habitantes menos que Tacuarí, pero igual por la sencillez de la gente.

El pueblo es pequeño, en las noches de verano con una luna de plata engarzada en el pescuezo del firmamento, sus gentes se reúnen a divertirse con los campeonatos de chinchón, canasta y truco mientras sus jóvenes se disponen a bailar y tomarse unos tragos. Sus jóvenes crecen en el perímetro de unas pocas cuadras compartiendo todo lo cotidiano hasta que un día se sienten grandes y se miran de otra manera, como mujeres y hombres y se enamoran entre sí con la misma naturalidad con que lo hicieron sus padres. De vez en cuando alguno se va para probar suerte en las grandes ciudades y ocasionalmente vuelve con el orgullo en el morral y bastante hambre en las costillas para encontrarse con los brazos en cruz dispuestos a cobijar al hijo pródigo.

El pueblo es pequeño, tiene una plaza, una iglesia, una escuela y un destacamento policial donde el sargento Antonio Bermúdez se pasa las tardes tomando mates en un lugar donde nunca pasa nada. Mate amargo acompañado de bizcochos con chicharrón que compra en la panadería de la media cuadra , dejando la oficina abierta de par en par porque a nadie se le ocurriría robarle a la policía, al menos en este pueblo. Antonio Bermúdez y Pedro fueron compañeros de aula sentándose en banco contiguos, cultivaron una amistad de años regándola primero con juegos infantiles y después con interminables charlas siesteras compartiendo los pormenores y las bendiciones, si acaso las hubiera.

La tarde asoma tranquila por el pavimento de las calles, empujada por una brisa fresca que hace temblar las copas de los álamos, los niños están saliendo del turno vespertino endulzando el aire con sus risas mientras sus madres aprovechan para entablar algún diálogo. Pedro y Antonio Bermúdez van por el segundo termo de agua para el mate.

—Como te decía Antonito, no sé cómo hizo, pero nos encontró.

—Lo que pasa Pedro es que el tipo es muy pesado. Nos conocemos de siempre y la aprecio muchísimo a María pero...

—¿Qué me querés decir con tus medias palabras?

—Qué le robaste una mujer al diablo Ramírez. ¡Creo que es más malo que Lucifer en persona!!!

—La tenía esclavizada, además me enamoré como un loco.

—Lo sé hermano, claro que lo sé, el problema es que estamos jodidos.

—Estoy entregado Antonito, no voy a permitir que se lleve a ninguna de las dos.

—Ni se te ocurra pensar una locura, vamos a encontrarle la vuelta, con todo lo que hemos hecho...

—¡Pero nunca estuve en semejante aprieto!

—Me lo contaste mil veces pero a lo mejor te hace bien revivir cómo la conociste...

Pedro se tomó su tiempo para empezar el relato, tenía todas las emociones galopándole en el pecho, de vez en cuando se le escapaba un suspiro lento acompañado por dos o tres lágrimas que secaba a la brevedad. Hablar de María encerraba todos los significados juntos. Pedro, hijo único de chacareros propietarios de una pequeña granja, había crecido a la sombra del arado, viendo asomar las madrugadas por el vientre celeste del horizonte, sintiendo que las gotas de rocío humedecían las lenguas sedientas de las gramíneas. Días tranquilos de trabajo y familia con pocas variantes en la agenda, viviendo lento y preciso hasta el viaje a Rosario. Hasta último momento Pedro no quería ir, cuestionando lo incuestionable. Para los granjeros

el saber se transmitía de generación en generación, por lo que asistir a un seminario referente a granos parecía obsoleto, pero su padre lo convenció para que conociera la ciudad, el monumento a la bandera. Entonces tomó el ómnibus junto a otros cuarenta

jóvenes del pueblo, la cerealera del lugar les pagaba los gastos, oportunidad imperdible para un hombrecito de provincia. Tres días agobiantes de cursos dieron por tierra con el humor de Pedro, que se mostraba imposible para todo.

La última tarde los organizadores decidieron darles una cuota extra de diversión llevándolos a festejar a un cabaret. Los jóvenes no salían de su asombro ante tantas chicas bellas ligeras en ropas y tanta bebida circulando. Además si alguien deseaba unas líneas de cocaína también estaban disponibles, habiendo dinero de por medio toda demanda podía ser satisfecha, en eso era especialista Joaquín Ramírez conocido de un empresario de la firma organizadora del encuentro, cliente asiduo de la casa. Pedro se paseaba por el lugar con unos cuantos decilitros de alcohol en su sistema sanguíneo cuando se detuvo en seco al descubrir a María y Juanita en un rincón , enseguida Guzmán se encargó de anoticiarle que juntas valían el triple pero Pedro sólo quería estar con la que le sonrió, María. Una vez que pagó lo establecido se la llevó a la habitación sin dejar de mirarla por un instante. Pedro no sabía mucho de mujeres, en su pueblo tenía una novia más por costumbre que por amor. La tomó con el respeto al que estaba acostumbrado, como le había enseñado su padre que se trataba a una mujer. María no lo entendía los hombres que habían pasado por ella en los últimos cuatro años la habían tratado de mil formas menos con respeto y humanidad. Se encontraron en las sábanas y dejaron que sus cuerpos se fundieran en un acto de amor y placer, se descubrieron de repente como si estuvieran hechos en uno para el otro, hasta se susurraron promesas de no separarse más. Los demás jóvenes se volvieron pero Pedro se quedó para encontrarse cada noche con María, María oliendo a verbenas, con sus ojos de gatita asustada, con su cabello azabache escondiendo la noche en sus fibras. María le contó su historia y Pedro le creyó decidiendo cambiar la de ambos con un solo acto. Pensó en la novia luciendo el anillo de compromiso durante años por las veredas del pueblo, en el rostro manso de sus padres escuchando las explicaciones y preparándose para dárselas al resto, en las posibles burlas de sus amigos de la infancia que podían partirlo en veinte pedazos, en el probable vacío que tendría que enfrentar por enamorarse de una mujer de la noche, aunque la obligaban a serlo.

A veces el destino nos da un respiro, una chance, un boleto para subir al tren cuando ya está arrancando y eso ocurrió el domingo a la noche cuando Joaquín Ramírez se pasó de vuelta

con la combinación de cocaína y alcohol y tuvieron que internarlo de urgencia en medio de un caos de ambulancia y médicos, Pedro tomó a María de la mano y la arrastró hasta la terminal, sacó dos boletos y se la llevó a su pueblo ante la sorpresa de Guzmán, que se dio cuenta de la situación a las horas, tarde para seguirlos sin pista ni dato alguno.

Lloraron todo el trayecto, él de la emoción y del susto acumulado en sus huesos, ella porque se salvaba sola dejando a Juanita a la buena de Dios.

Rosario, 10 de mayo de 1998.

Joaquín Ramírez detuvo el auto en seco. Con una maniobra rápida acomodó el vehículo en un hueco disponible, se bajó en un santiamén, enfurecido, sus bolsillos vacíos de contenidos denunciaban la ausencia de monedas y billetes. Bajó las chicas casi empujándolas, con la ansiedad picándole los talones, demasiados días en la lejanía le pesaban, irse le significaba dejar a Guzmán al frente del negocio, el cerdo de Guzmán que siempre le robaba pero en los últimos viajes la diferencia había sido muy evidente. De todas maneras no podía deshacerse de él porque costaba encontrar quién cuidara bien a las chicas en su ausencia, en el ambiente corrían rumores de que otros proxenetas, cuando volvían encontraban las casas de trabajo hechas taperas. Guzmán no se atrevía a tanto no porque no lo pensara, sino porque era demasiado cobarde para traicionarlo. Igual los riesgos latían en la piel de las paredes, la desconfianza se podía oler en el aire enrarecido de los pasillos, en los cubrecamas maltrechos, deshilachados de tanto sexo apurado. Joaquín Ramírez siempre afirmaba que la noche sólo cobijaba huérfanos de padre y madre, se sobrevivía

abandonando toda posibilidad de establecer vínculos y se moría como perro callejero, terminando el cadáver en la mesa de estudio de alguna universidad, sin nadie que reclamara los restos para llorarlos. Ese era la mayoría de las veces el final escrito de antemano de alguien del ambiente, opresor o víctima no cabía la distinción.

Al entrar en la casa las niñas vieron que estaba sobriamente decorada, con un dejo de elegancia acorde a la clientela del lugar, varios futones distribuidos por la inmensidad de la sala que de noche se transformaba en lugar de trabajo y de día servía para descanso y esparcimiento de las trabajadoras, todas con menos de veinte años, por eso en el televisor del lugar era muy común que estuviera sintonizado algún programa para adolescentes. Luego de las presentaciones de rigor al resto de las jóvenes del lugar que no dejaban de mirarlas asombradas por el parecido entre las dos hermanas, iguales como gotas de agua excepto por un lunar en la mejilla izquierda de Juanita, Joaquín Ramírez preguntó por Guzmán con la prisa haciéndole cosquillas porque quería mostrarle las nuevas adquisiciones. Cuando Guzmán entró al lugar primero hizo el saludo de rigor rindiendo pleistecías a su jefe y después recién se percató de la presencia de las gemelas, ante las cuales se quedó perplejo de asombros.

—¡Qué me contás Guzmán! Lindas... ¿Nooo?

—Sin palabras jefe, hacía rato que no veía mocosas tan bellas y encima por partida doble.

—¡Ojo Guzmán! Que no son para cualquiera...Además hay que esperar un poco porque a mis primos se les fue la mano y me las rompieron un poco.

—Pero jefe no hay derecho, cómo lo van a joder así...

—Pasa que no puedo decirles nada porque son familia.

—Ahora vamos a tener que esperar que sanen bien antes de ponerlas a trabajar y eso nos caga el negocio.

—Tranquilo Guzmán, tranquilo...

—Señor, olvidé decirle que los vigilantes nos aumentaron la cuota.

—¡Qué los parió! No nos dejan vivir, hasta que no boletemos a uno no van a parar.

—Pero señor, si nos cargamos a otro en el lomo, nos va a caer de nuevo algún fiscal sin arreglar...

—Ya lo vamos a arreglar Guzmán, tranquilo, ahora encargate de las chicas que están cansadas y muertas de hambre...

Los dos se callaron al ver la reacción del resto de las chicas del lugar que se acercaban mordiéndose por la curiosidad de saber quiénes eran las nuevas. María y Juanita se mantenían muy juntas, dándose aliento la una a la otra, iguales en los contornos pero diferentes en la personalidad, María llevaba la impulsividad bajo las uñas, reaccionaba a la ligera con una lengua tan afilada que cortaba en la distancia, en cambio Juanita era mansa, lenta en las decisiones, escapaba de los riesgos lo más que podía, por eso no había querido partir de Tacuarí mientras que María por momentos se había tentado con una nueva vida. La noche más triste, en Tacuarí un presentimiento hostil se le instaló en los huesos a Juanita, se lo dijo a su hermana, le rogó a su madre, pero la necesidad y las sonrisas malditas de Joaquín Ramírez pudieron más que sus sentires supersticiosos. Al entrar a la casa, siguió a María de cerca con una tristeza honda y gris arrinconándole el alma, con el oscuro convencimiento de que no podían dejar de sentarse a la mesa del banquete de las miserables.

Guzmán las acompañó al cuartucho del fondo, había aprendido a no hilvanar cuestionamientos al diablo Ramírez, convencido que su jefe hacía honor al apodo con sus incontables aptitudes. Estaba cómodo en segundo lugar y no le molestaba el halo de servidumbre que se ceñía sobre su persona. Sabía que Joaquín Ramírez no tenía alma en su haber, no que se le pudiera notar y si acaso la mantenía apretujada en algún rincón de su despreciable humanidad de seguro la tenía vendida y con fecha de entrega. Pero cuando los hielos se hacían agua el jefe se encargaba en primera persona, fuese lo que fuese, por eso una multitud de rumores cruzados circulaba por las casas de trabajo atribuyéndole la autoría de varios crímenes. Unos cuantos interrogatorios seguidos de otros tantos depósitos bancarios a nombre de abogados y fiscales aceitaban la máquina de la justicia para que la fuerza de la ley cayera sobre el perejil de turno quién ocupaba el banquillo de los acusados sin recursos para demostrar su inocencia y para que todo resultara ser el montaje de un espectáculo y el verdadero culpable saliese ileso de la situación. “El diablo tiene sus encantos y sobre todo, dinero” solía bromear Joaquín Ramírez y Guzmán no lo dudaba, por

eso se conformaba con un segundo puesto y los vueltos conque se quedaba cada vez que el jefe viajaba, le servía para gastos extras.

Guzmán se encargó de atender a María y Juanita que casi no articulaban palabra alguna, con el terror secándoles la médula, con sus catorce años, sin poder comprender en toda su magnitud los días por delante, días de esclavitud.

La Pampa, 11 de agosto de 2005.

Tiempos de agosto, tiempos de nostalgias. La mañana se presentó fresca con un airecito capaz de calar en lo profundo del esqueleto. La mujer fregaba la olla, intentando con sus manos de paloma no lastimar el cuerpo inerte del aluminio, no rallar sus formas redondeadas. En otro recipiente yacían los ingredientes del locro a futuro, esperando el turno para la cocción. A pocos metros de la mujer la pequeñita peinaba la muñeca, balbuceando un arrorrró a medias, música de querubines, de vez en cuando sus ojos se posaban en su madre como para asegurarse de su presencia luego tendía la vista hacia la muñeca para volver a sumergirse en ese mundo prohibido a los adultos.

La mujer asentó la olla sobre el fuego y las llamas envolvieron su redondez en milésimas de segundos, entonces se sentó a esperar “chupando” mates, mates perfumados con hojitas de menta de su jardín. Tomaba mates, contemplaba a la niñita y pensaba en su amado, sentía por él un amor inmenso entremezclado con un sentimiento de gratitud que le colmaba cada hueco del corazón. Su amado y la pequeña eran su principio y su final, todas las cartas estaban sobre la mesa, no podía dejar que Joaquín Ramírez les hiciera daño.

Tampoco iba a volver lo había jurado con lágrimas de sangre, antes prefería la cárcel o la muerte misma, el cura del pueblo parafraseaba que quien sufría en esta vida se quedara tranquilo porque al otro lado encontraría el paraíso y ella tenía el cuerpo tullido de tantos sufrimientos, de tantos infiernos soportados. Un ejército de recuerdos le acorralaban las noches en callejones sin salida, trayéndole a Juanita, su adorada Juanita abandonada a su suerte entre tanto espanto...

—Vamos a escapar Juanita, poné pilas que a la primera nos vamos.

—¡No, María, siento que este lugar nunca me va a soltar!

—Pero nena, vas a ver que vamos a zafarnos.

—Tengo un mal presentimiento...

—Dejá de pensar cosas feas y pensá en la huida.

—No puedo María, yo le tengo terror al Joaquín, nos encontraría

—Nena el mundo es grande, el país inmenso, vamos a encontrar un hueco donde escondernos.

—María prométeme algo. ¡Por favor! Si te vas visitá a mamá y los chicos por las dos.

—Vamos a ir a Tacuarí juntas.

—Por las dudas prometéme.

—Si te deja tranquila, te lo prometo, pero nos vamos juntas.

—Por las dudas María, por las dudas...

Pasaban juntas el mayor tiempo posible hasta que algún cliente requería sus servicios. Los clientes ajenos al detrás de escena sólo buscaban diversión, como aquel juez penalista que pagaba lo que fuese por ambas a la vez, quien tenía el destino de muchos, aparecía los viernes por la noche y siempre exigía la misma rutina, después que lo esposaban una tenía que orinarle en el rostro mientras la otra le estimulaba los genitales, desembolsaba lo que fuese para ser ultrajado. Tampoco olvidaría a aquel funcionario que concurría los lunes, generoso con los billetes pero despiadado con ellas, a quien por una abultada suma Joaquín Ramírez le permitía que las colocara a ambas boca abajo sobre la cama, después las ataba con la misma soga para finalizar violándolas salvajemente. Sólo no debía dejar marcas visibles, no importaba las mil lastimaduras del alma y el cuerpo adolorido por tanto

maltrato, además más de una vez Ramírez se quedaba a contemplar la escena para satisfacer sus propios deseos demenciales. Cuando llegaron a Rosario la más vieja del grupo era Sonia, una rubia originaria de Córdoba con unos labios tan carnosos que causaban sensación, parecían fresas maduras a punto de reventar. Sonia no tenía más de veinte años y hacía de los trece que estaba en las manos malditas de Ramírez, era la que conocía todos los movimientos de la casa por eso Juanita cuando podía se instaba junto a ella para saber lo que nadie decía.

—Sonia, Sonia sos tan buena con nosotras no como la entrerriana esa, que nos vive botoneando.

—¡Ojo, Juanita! Que las paredes oyen y hablar de la alcahueta del jefe nos puede costar unos cuantos palos extras.

—¿Nos parece a nosotras o es verdad que los señores trajeados que parecen importantes nos piden a las más chicas?

—Lo que pasa Juanita es que pueden pagarlo, las más viejas quedamos para los clientes de menor categoría...

—Pero acá no vienen hombres pobres.

—Es cierto nena, pero la tarifa baja cuando aumenta nuestra edad.

—Sonia, a veces nos preguntamos con María si estos señores están casados...

—La gran mayoría Juanita, creeme que la gran mayoría.

—¿Y sus mujeres, no dicen nada que vienen acá?

—No sé chiquita, no sé ni lo entiendo, ni me interesa...

—A veces creo que voy a volverme loca, no se qué haría si no estuvieran María y vos.

—Sobrevivirías nena, no tendrías otro remedio.

—¿Para qué?

—Para lo que nos levantamos cada día, o nos curamos las heridas del cuerpo cuando a algún degenerado se le va la mano, para lo único que respiramos, para escapar.

—Yo creo que no me voy a ir nunca de acá, nunca.

—¡Jamás vuelvas a decirlo, Juanita, nosotras sobrevivimos para escapar!!!

—Pero yo siento que no me voy a ir, lo presiento ¿Verdad María?

—María, convencé a tu hermana por favor...

María no pudo más, los recuerdos la estaban crucificando.

Sin dejar de observar a la niñita rompió en llanto mientras se prometía que Sofía no caería en el pozo de atrocidades al que su hermana y ella habían sido arrojadas sin compasión, un pozo sin fondos donde los sufrimientos eran moneda corriente y el dolor la única soga para asirse.

Rosario, abril de 1999.

Trescientos noventa días de esclavitud, contando los días para no olvidar, dibujando margaritas imperceptibles en un rincón de la pared, escribiendo promesas con alguna vieja lapicera, cartas a una madre perdida en la distancia, cartas que nunca recibiría, palabras de amor de hijas que nunca leería.

Poniendo el alma para desconocer las certezas del aislamiento, llorándole a la Virgencita hasta desteñir la estampita esperando un milagro de cualquier tamaño que cambiara sus historias para siempre. Demasiado duro vivir entre cuatro paredes, entre los muros de un ghetto con tan poco contacto con el afuera, sintiendo sobre los hombros todo el peso de estar enterradas vivas.

Deshilachando las horas libres frente a la pantalla del único televisor de la casa, donde a veces aparecía un noticiero cualquiera mostrando a un funcionario de turno desmintiendo habladurías con respecto a la trata de personas, utilizando un discurso light para convencer a los televidentes acerca de la ausencia de niños, niñas y adolescentes trabajando en prostitución. Joaquín Ramírez se divertía con las declaraciones y a veces hasta solía bromear con hacerle algún descuento al funcionario si se presentaba en su negocio ante las broncas contenidas de las chicas que no podían entender cómo las demás personas permitían que estas cosas estuvieran pasando frente a sus narices.

Cada día igual al anterior y similar a mañana, bajo la mirada vigilante de Guzmán. La alimaña de Guzmán estaba seguro hasta el convencimiento de que con el diablo no servían las

valentías, por eso jamás osaba disputarle algo, a lo sumo se quedaba con algunas propinas pero sin cebarse para no perder literalmente la cabeza.

—*Rápido Guzmán traéme a Cecilia para el doctor González...*

—*Enseguida señor...*

—*Ahhh! Guzmán no te olvides del traslado de la Pecosá, se está poniendo medio rebelde y me las va a agitar a las otras.*

—*¿Qué le parece la casa del Lucho Pereyra? Ahora está en Catamarca.*

—*Fantástico, ahí va a saber lo que es bueno.*

—*Se comenta que el Lucho les da unos palizones diarios terribles. ¡No tenés idea quién es Pereyra! No le importa arruinar la mercadería. El muy hijo de p... las lastima con objetos de toda clase.*

—*Entonces a la Pecosá le va a venir bien unos meses con él...*

—*¡Eso sí, pedile una de dieciséis, mirá que la Pecosá tiene quince!!!*

—*Ya veo que nos quiere mandar una viejarda de veinte...*

—*Ni se te ocurra. Los que tienen una moneda las quieren cada vez más chicas, dentro de poco vamos a tener que conseguir de diez...*

—*En Bolivia...*

—*Encima son exquisitos y no les van mucho las bolivianitas.*

—*Suerte la de su primo de Estados Unidos, se consigue unas rusitas bárbaras.*

—*Pasa Guzmán que allá mueven otros números y encima las más lindas de acá las venden afuera para que no las encuentren. En fin, es lo que hay.*

—*Pero Joaquín no nos va mal...*

—*¡Lo jodido son las mojigatas que quieren salvar al mundo y empiezan con el tema en los medios, no las entiendo, para mal de males lo hacen gratis!*

—*Disculpe señor, pero este negocio es eterno, cada vez son más los cogotudos que el domingo por la tarde pasean en familia, después a la noche vienen desesperados a calmar los demonios.*

—*¡Ahhh Guzmán sos una rata, te estuviste fijando bien en las caras nuevas!*

Suspendieron el diálogo para atender a la clientela que estaba ingresando. Hombres de todas las edades movidos por un solo propósito, algunos más perversos que otros, pagando

para dar rienda suelta a sus más crueles fantasías y otros con cierto grado de consideración aplastando sus conciencias, mintiéndose a sus adentros con la vieja excusa de que fueron cortesos o les pagaron bien por los servicios prestados.

Tacuarí, marzo de 2005.

Eleonora Rodríguez acomodó su maltrecha humanidad a las formas de la silla, no podía creer el origen del sobre que tenía en sus manos, en el reverso del mismo estaba escrito el nombre de su adorada María. Años llorando ausencias, de tanto llorar se le había secado el pozo de las lágrimas, en su lugar le permanecía un hueco ajado. Eleonora Rodríguez cortó el borde del sobre con una tijera oxidada y de a poco sacó de su interior dos hojas de papel repletas de garabatos, se calzó como pudo un par de anteojos torcidos para entender las palabras...

“Querida mamá, hace tantos días que quiero escribirte pero nunca encuentro las fuerzas para hacerlo... Empiezo contándote que el señor que nos sacó de Tacuarí en realidad se llama Joaquín Rodríguez y es el ser más malvado que he conocido, nos hizo tanto daño a Juanita y a mí que no me va a alcanzar la vida para darte los detalles. No tenés idea de las cosas atroces que nos obligó a hacer...”

Madrecita mía, hace tanto que no se nada de ustedes que tengo miedo de saber, espero que vos y los chicos estén bien, pasaron tantos años que ya deben estar inmensos no se si los reconocería por la calle...

Te cuento que estoy en pareja con un hombre buenísimo que me rescató del infierno y no me va a alcanzar la vida para agradecerle lo que hizo por mí. Tenemos una nena de dos años que es muy parecida a mí pero tan gringuita como él, se llama Sofía y es tan dulce como su padre...

Mamita mía te extrañé tanto en estos años que más de una vez pensé que no te iba a volver a ver y te juro que me hubiera muerto con ganas de tanto sufrimiento, pero ahora he recuperado un poco la esperanza porque mi marido, que se llama Pedro, está haciendo los papeles para que viajemos a Tacuarí...

Mamita, seguro estás pensando en Juanita, por eso no me animaba a escribirte porque tengo miedo que no me perdones que la abandoné en el infierno, pero te juro, te juro por la vida de mi hija que no pude sacarla conmigo, todo fue tan rápido, huimos con Pedro en un momento de descuido y cuando busqué a Juanita no la encontré. Perdoname mamá, perdoname por favor por dejar a mi hermana sola en medio de tanta miseria, siento tanta culpa que no puedo dormir en las noches. Estamos intentando rescatarla a través de personas que se dedican a salvar gente esclavizada como nosotras, pero lleva tiempo y yo quiero viajar a verte, demoramos el viaje con la esperanza de sacarla y viajar todos juntos pero no es tan fácil. Perdoname mamita por todo, decile a mis hermanos que los quiero un montón y para vos todos los besos y abrazos del mundo...

Si me querés contestar en la parte de atrás del sobre están todos mis datos..."

Eleonora Rodríguez quería morirse de tanto dolor junto, no podía creer la carta que había leído, ¿A quién le había entregado a sus hijas? ¿Cómo no se dio cuenta de la maldad del hombre? ¿Qué barbaridades les hizo a sus pequeñas?

Eleonora Rodríguez se quedó por horas con el papel en las manos, con la mirada perdida en el fondo del mundo, sin poder reaccionar ante tanta locura.

Sur de La Pampa, septiembre de 2005

El almuerzo estaba es marcha, caminando lento, con un pollo al horno con manzanas verdes captando la atención de los comensales, pollo con papas y manzanas. En un extremo de la mesa la pequeña jugaba con el plato mientras de a ratos chupaba una papa a mal traer y no dejaba de contemplar al visitante con unas pupilas inmóviles que en el cerco de sus pestañas claras brillaban como dos aguamarinas aprisionadas en un joya de oro, de vez en cuando uno de sus rizos caía sobre su mejilla como un rayo de sol que atraviesa la inmensidad.

La niñita era bella, con unas mejillas pálidas como estatua de alabastro, soltando algún que otro suspiro semejante a la brisa que muere entre las hojas plata de los álamos.

El almuerzo estaba en marcha y el visitante Dr. Andrés Figueras aprovechaba la ocasión para compartir aunque el motivo de su presencia iba más allá de una comida en familia, se traía entre manos una cuestión legal de vital importancia, los preparativos de un viaje a Paraguay por parte de los dueños de casa, un viaje de reencuentros, de alcanzar el pasado de María abrazando a su madre, a sus hermanos ahora adolescentes.

Un viaje para mostrarle a Sofía, para presentarle a Pedro, para sentir en el alma una felicidad sin nombre, una felicidad soñada en sus horas de dolor. Siete años de ausencias, siete años purgando angustias, imaginando los rostros amados en medio de la neblina del olvido, llorando las cartas que nunca llegaron. En su estadía en la casa maldita se la pasó cosiendo

esperanzas a las paredes con las agujas del alma, tallando promesas de libertad a los pies de los pasillos oculta en las sombras del encierro. Junto a Juanita, calladas , en actitud de sometimiento y desidia ante el puño fiero del agresor, con el cuerpo en hinojos, inmóvil ante la indiferencia y el morbo de los que pasaron por él infringiendo heridas que no sanarían

nunca, aún después de que la muerte diera su último beso de adiós. Ella y Juanita penando tristezas que nunca merecieron, donde un destino cruel acunó sus noches en sus brazos de tormenta y dolor, en sus “días de esclavitud” abrazadas para sacarse del espíritu la frialdad del abandono...

Un viaje a medias, sin Juanita, armando frases para explicar su ausencia, la culpa de mirar a la madre a los ojos y contarle que en la desesperación escapó sola, como pudo, que en las sombras de la locura no la encontró para tironearla con ella a la libertad y la dejó tras los barrotes de la prisión.

La mujer lo pensaba todo mientras el Dr. Figueras les explicaba que le estaba costando los trámites de rutina, las oficinas de rigor no querían saber de trata de personas, de niñas de catorce años llevadas con engaños, con papeles falsos, mejor era no meterse e ignorar lo acontecido. Pero el Dr. Figueras era un buen hombre que se enloquecía con las injusticias por eso en semanas solucionaría las demoras y las trabas, María, Pedro y Sofía viajarían a Tacuarí a enfrentar los fantasmas de un pasado inconcluso.

Rosario, marzo de 2002.

Joaquín Ramírez estaba solo, completamente solo. Sentado en un sofá púrpura se hallaba sumergido en un silencio profundo, a su alrededor la casa dormía la vigilia del mediodía, ni el vuelo de una mosca osaba romper la monotonía. Joaquín Ramírez decidió encenderse un habano mientras un ligero temblor nervioso agitó sus miembros, tendió la vista hacia el vacío y se desplomó hacia atrás sin encontrar sentidos. Se sentía viejo, cansado de años en la noche, con su destructora acción mellándole los talones, obligándole a dormir con los ojos entreabiertos para evitar ser sorprendido con las defensas bajas. Se sentía débil, con los fantasmas de la adicción apoderándose de sus ánimos, nublándole las sienes en una neblina de tormentos, ardiéndole como el alma de un condenado en los abismos del infierno.

Joaquín Ramírez no sabía de piedades ni con él mismo y no podía perdonarse la debilidad por dejar escapar a María, fueron unos minutos de descuido, aspirando unas líneas de más que lo transportaron al espacio, suficientes para que el gringo aquel con cara de tonto se la robara. Se evaporaron en las entrañas de la noche, sin rastros, con las pilchas puestas.

María, la hermosa María, dueña de un carácter de amazona sobresalía más que su hermana y si él, Joaquín Ramírez, hubiera tenido alma para enamorarse la habría elegido. Pero el amor era para los débiles y en los callejones sin salida de la noche cualquier signo de compasión podía costarle la vida.

La añoraba, añoraba su andar desafiante con sus cabellos renegridos, largos, flotando en la luz tenue dibujando ondas, añoraba sus ojos de miel que lastimaban con sus reproches o

sus manos de terciopelo ensortijadas de anillos coloridos, porque María amaba los anillos y los colgantes, cuando él le daba algunas monedas para gastar, ella solía suplicarle que llamara a un artesano que frecuentaba la casa con sus paños colmados de baratijas y se gastaba todo. Si hubiera tenido alma la hubiera amado, porque le despertaba una sensación de ternura cuya existencia desconocía, por eso le pegaba menos, más despacio que a las otras cuidando no dañarla, las palizas eran lo cotidiano del negocio, parte del trabajo, pero con ella le costaba.

Joaquín Ramírez estaba solo, completamente solo, apagó el habano que estaba llegando a su fin y no le estaba funcionando para matar las nostalgias que bailaban a su alrededor y miró de reojo la cuarenta y cinco que descansaba sobre sus rodillas, le hizo unas caricias balbuceando una promesa a medio pronunciar, le pedía tiempo para encontrar a María , para verla una vez más, para lastimarla por el abandono, después tal vez en el único gesto de humanidad de su maldita vida apretaría el gatillo , eso antes de que la cirrosis lo matara lentamente en la cama mugrosa de un hospital de cuarta, con un montón de curiosos contemplando sus despojos últimos. Después de verla una vez más, moriría en su ley, solo como había vivido, sin alma que lo llorase, sin viuda que lo enterrase.

Sur de la pampa, enero de 2006.

El viaje en ómnibus fue eterno, las rodillas gastadas por la osteoporosis están pidiendo auxilio, caminar un poco para acomodar el esqueleto permite ubicarme en el lugar.

El pueblo es pequeño, con una plaza y una iglesia frente de ella, unos pocos autos recorren sus calles y en las veredas sobra espacio para transitar, los lugareños acostumbrados a ver pocos forasteros me observan de pies a cabeza, sin poder disimular sus interrogantes. Me encuentro con un bar, quizás el único que existe y aprovecho para beber un café bien cargado, el mozo no puede contener la curiosidad y me pregunta la procedencia. La tarde está anaranjada, limpia de nubes con un aire fresco acompañando las horas, que parecen transcurrir con más lentitud como si el tiempo se aletargara en este rincón del mundo. Pregunto por el único taxi que existe para encaminarme hacia mi destino. El recorrido es de tres leguas por unos caminos cubiertos por un manto de guadal de veinte centímetros, el chofer va pintando algunas escenas cotidianas del pueblo mientras intenta conocer el motivo de mi visita. Por seguridad llevo años respondiendo con evasivas, quizás algún día alguien le acerque un ejemplar de este libro y descubra la causa, nunca se sabe... Llegamos a una tranquera colorada, la de la foto que tengo en mis manos, al final del camino a unos cuatrocientos metros se divisa una casa típica de la zona rural, custodiada por eucaliptos tan altos como la torre de Babel. Le pago al señor para completar el recorrido a pie, me tomo mi tiempo para completar el recorrido, es que el campo me huele a nostalgias, a la infancia de la mano de mi padre, al perfume de las verbenas, a las campanillas colgando de los postes hamacándose empujadas por el soplo de la brisa.

Nos encantaba reciclar nidos de horneros abandonados para que fueran nuevamente ocupados. El campo tiene el color de mi infancia, el verde oscuro y el verde claro de los juncos y totoras de la laguna, a veces rosa de flamencos, cientos de flamencos zancudos, ariscos a nuestra presencia, que al volar dejaban a la vista el rojo sangre debajo de sus alas.

Me estoy acercando a la casa, los recuerdos tienen que volver al baúl del alma donde duermen bajo candado, un par de perros mansos salen a recibirme como si me conocieran de

siempre, detrás, a unos pocos metros una joven morena con una niñita en brazos sale al encuentro. La pequeña tiene un parecido asombroso con su madre con las diferencias del color de cabellos y de ojos, la escena se termina de completar con un joven de estatura mediana, tez clara, cabellos de trigo y ojos de río. A los pocos minutos ya estábamos compartiendo unos ricos mates con hojitas de menta bajo la sombra de la glicina,

acompañados de una torta de limón de treinta centímetros de alto, quizás les pida la receta para mamá. Conversamos durante horas como si nos conociéramos de siempre hasta que Pedro se levanta para preparar el asado, María aprovechando la ocasión incursiona en el motivo de mi visita.

—*¡Estamos desesperados, no sabemos qué hacer!*

—*Siempre hay salida...*

—*¡Pero, qué hacemos si vuelve, yo me muero de angustias de solo pensarlo!*

—*María, Joaquín Ramírez está viejo, enfermo y sin herederos, además, con muchas deudas de juego y una investigación abierta.*

—*Pero nos encontró y casi me lleva a...*

—*Si lo hubiera querido hacer lo hubiera hecho, nada lo detenía. Yo no soy Dios pero me parece que vino a sembrar el terror, nada más.*

—*Usted piensa que a lo mejor no vuelve...*

—*Creo que si no lo matan de un tiro en la cabeza, la cirrosis lo está marcando de cerca. Si se hubiera querido llevar a Sofía o a vos o a ambas, lo hubiera hecho.*

—*Pero entonces ¿Por qué ...*

—*Nunca, voy a entender por qué un ser humano disfruta dañando a otro, qué maldición lleva en sus entrañas.*

—*Pero vamos a vivir con miedo...*

—*Ahora vamos a hablar de cómo pueden protegerse...*

—*¿Y Juanita?*

—*No va a ser fácil encontrarla, la ha vendido a otra casa.*

—*¡No va a perdonarme nunca el abandono, la dejé sola!*

—*No tenías alternativa, no había manera, María...*

—*¡Pero fui egoísta, sólo pensé en mí!*

—*Eso no es cierto, tenés que perdonarte para poder seguir. No somos Dios, hacemos lo que podemos.*

—*Pero Juanita... la abandoné...*

—*Hiciste lo único que podías hacer en ese momento, huir...*

La tristeza infinita de María me dejó sin palabras, se me desbordaron los interiores de congoja y no pude seguir hablando del tema, me salvó la aparición de Pedro con el anuncio de que el asado estaba a punto.

Una cena tranquila, sin ruidos de ciudad, con un silencio casi absoluto haciéndonos compañía, sólo rasgado a veces por el ulular de las lechuzas o el lamento lastimero de algún zorro hiriendo la noche con su melancolía. Una cena tranquila bajo el enramado de la glicinia y con el firmamento asomándose por los huecos de la enredadera, alumbrando con sus faroles débiles. Pedro puso sus cartas sobre la mesa sacando de adentro los sentimientos ocultos, estaba dispuesto a todo para que nada le pasara a María o a Sofía, le rogué que esperara, a veces el tiempo juega a favor de los buenos...

A la mañana siguiente me llevaron hasta la parada de colectivo, minutos antes del horario de partida. Ellos se quedaron con los ojos empañados, abrazados, muy juntos los tres y yo me fui alejando con diez años más en los huesos y con el alma en la garganta rogándole a la cirrosis que apurara el trámite con Joaquín Ramírez...

FIN

Puede comunicarse con la autora a:
aliciaperessutti@gmail.com

Se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos de
Ediciones CC
Córdoba 419 - Villa Nueva, Pcia de Córdoba
Agosto de 2010
Tirada: 500 Ejemplares
IMPRESO EN ARGENTINA